

Nunca creí que el corazón pudiera  
Amor tanto tener, y pasión tanta,  
A los frutos nacidos de un delito  
Que á cada instante muestran nuestra mancha.

Pero ¡ah! ¡cuán dulces son esos objetos...!  
¡Cuánto á sus hijos una madre ama...!  
¡Ah! yo con ellos de mis padres tiernos,  
De mi amante y mi crimen me olvidaba.

Celosa de su amor, no quise nunca  
Que de otra el pecho ni una vez probaran,  
Sino que al mío las crié amorosa,  
Aunque en extremo débil me encontraba.

Así un año viví, poniendo en ellos  
Todo el esmero y el amor de mi alma,  
Vendiendo, por vestirlas con decencia,  
Poco á poco, mis más bellas alhajas.

Pero Dios, que el castigo á mi delito,  
Desde su escelso trono preparaba,  
Permitió que una noche todas ellas  
Me las robase mi cruel criada.

Pobre y triste quedé, de dolor llena,  
Al verme en la miseria extraordinaria,  
No por mí, sí por ellas, inocentes,  
Hijas tiernas las dos de mis entrañas.

Nada tenía ya; ropa, dinero,  
Todo llevóse la mujer malvada,  
Y ni para pagar el mes de renta,  
Que estaba al espirar, ya me quedaba.

¡Oh! golpe fué este atroz... sin alimento,  
Con la salud por siempre quebrantada,  
¡Cómo dos hijas sustentar, si apenas  
Un resto de existencia me alentaba...!

Las infelices, con anhelo ardiente,  
Hambrientas á mis pechos se agarraban,  
Mas sin leche al mirarlos, inocentes,  
Sin un momento descansar, lloraban.

Y yo también con ellas ¡ay! señora,  
Sí, yo también con ellas, tristes lágrimas  
Vertía, y contra el seno, cariñosa,  
Con vehemente amor las apretaba...!

Mas ¡ah! yo las veía por momentos  
Que el hambre que tenían las mataba,  
Y que no era para ellas suficiente  
El alimento que en mi pecho hallaban.

¡Ni cómo ser, cuando también yo, triste,  
El escaso alimento mendigaba...!  
Cuando días enteros en ayunas  
Sin probar ni aun el pan ¡ay! los pasaba...

Quise entonces servir, pero ninguno,  
Al verme con dos hijas, en su casa  
Me quiso recibir; y en tal tormento  
Vime á pedir limosna precisada...!

¡Limosna! ¡ay! feliz vos, feliz, señora,  
Que pasado no habeis miseria tanta..!  
¿Sabeis lo que es pedir limosna..? ¡Oh! nunca..  
Nunca, no, lo sepais... vivid en calma!

Es la pena mayor, es el tormento  
Mayor que ecsiste en la miseria humana:  
Pedir limosna...! solo por los hijos,  
De puerta en puerta la mujer se arrastra..!

Mas ¡ay! jóven y hermosa todavía,  
Piedad no hallé en ninguno en mi desgracia:  
Los hombres pretendian recompensas;  
Las mujeres de floja me acusaban.

¡Oh! cuánta humillacion..! solo una madre  
Soporta insultos tantos, resignada...  
¡Ah! no saben los hombres, no, cuán tierna  
De una infeliz mujer es ¡ay! el alma...

De sacrificio tanto no son ellos  
Capaces, no; que juzgan se degradan  
En pedir; mas las madres ¡ay! no miran  
Sino á salvar los hijos que idolatran.

“Bien podeis trabajar: estais bien fuerte:  
Perdonad, perdonad.” ¡ay! las palabras  
Eran de esas mujeres que no saben  
Lo que es vivir entre miseria tanta.

Y mis hijas morian, sí: mis ojos  
Con dolor consumirse las miraban:  
Eran solo esqueletos que sufrían  
En este triste mundo por mi causa.

Preciso remediar era su suerte,  
Aunque un gran sacrificio me costara;  
Y concebí la idea de apartarme  
De ellas, en tanto en la miseria estaba.

Al efecto, indagué por todo México,  
A donde entré despues de ser robada,  
Segura de que nadie en tal estado  
Llegara á conocerme, aunque anhelara.

Los matrimonios que sin hijo alguno,  
Por mi ventura entonces se miraban;  
Y supe habia dos, y que tenían  
Riquezas y virtud en abundancia.

En una misma calle ambos vivian,  
Uno del otro á muy corta distancia;  
Circunstancia á mi objeto favorable,  
Y por la cual á Dios le dí mil gracias.

Y una noche, en que el cielo con relámpagos  
La tempestad horrisona anunciaba,  
Cada una de mis hijas fui dejando  
A la puerta feliz de aquellas casas.

Y yo, en frente escondida, sin que nadie  
En tal oscuridad verme lograra,  
Las escuché llorar por largo espacio,  
Al mismo tiempo que también lloraba.

Poco despues miré llena de júbilo,  
Abrirse con gran ruido de ambas casas  
Las puertas, y á mis hijas recojerlas  
Y llevarlas adentro sin tardanza.

¡Ay! era madre; y al dejar mis hijas,  
Al separarme de ellas, desdichada,  
Sentí dentro mi pecho un dardo agudo  
Que el corazon amante traspasaba.

Pero, ¿qué hacer? ¿Qué hacer, si la miseria  
Y el hambre, iban, gran Dios, á arrebatármelas?...  
Para verlas morir, valor no tuve,  
Aunque yo perecer creí al dejarlas.

Mas no por esto el maternal cariño  
Hacia las infelices me faltaba;  
No, que en mi corazon juré volverlas  
A recojer si Dios no me olvidaba.

Mas para que algun dia, aunque los años  
Sin verlas á mi lado, se pasaran,  
Conocerlas pudiera, á cada una  
Le puse al cuello, sin quietud el alma,

De luciente metal un chico escudo  
Que contenia dentro estas palabras:  
“Mi madre es infeliz!” escudo hermoso,  
Igual al que yo llevo en mi desgracia.

Sola ya con mi llanto, busqué al punto  
Donde servir, cual dicha la mas alta,  
Y encontré á los dos dias un destino  
En una rica y opulenta casa.

Mas ¡ay! pronto probé tormentos nuevos:  
El amo á quien servia, sintió en el alma  
Un ilícito amor hacia mí al punto,  
Cuando su esposa, ¡oh Dios! era una santa.

Yo su conducta reprendia siempre,  
En que él su amor fatal me ponderaba;  
Pero mi resistencia, mayor fuerza  
Daba de su pasion á la atroz llama.

Viendo, pues, que imposible era traerle  
A la razon, abandoné su casa,  
Y á un anciano á servir entré, creyendo  
Encontrar la virtud bajo las canas.

Pero estaba en las bóvedas del cielo  
Escrito que yo fuera desgraciada;  
Estaba escrito que con mil tormentos  
Pagase mi primera grave falta.

Era el anciano colorado, rubio,  
De faz redonda, de estatura baja,  
Abultado de vientre, de ojos chicos,  
De cejas semi-rojas y erizadas.

Zambo de piernas, cuelli-corto mucho,  
De nariz gruesa, roma y colorada,  
De frente chica, de delgados lábios,  
De cabeza muy grande y algo calva.

Era D. Gil de Lárraga su nombre,  
Y de empeño tenia una gran casa,  
A donde toda clase de personas  
A empeñar concurrían sus alhajas.

Al verme, recibíome con agrado,  
Diciéndome: "Pareces fiel, muchacha:  
"Tus modales me gustan; me parece  
"Que no podía hallar mejor criada."

Esto me hizo creer que allí, tranquila,  
Sin zozobra á vivir iba y en calma;  
Y muy mas me afirmé en esta creencia,  
Viendo que cuanto hacia á bien tomaba.

Mis hijas, mis dos hijas, desde entonces  
En mi memoria sin cesar estaban,  
Y para no perder ya mi destino,  
En servir con esmero me empeñaba.

Mi afán era ganar alguna cosa,  
Para ver á mis hijas adoradas,  
Y decirlas: "yo soy, yo, vuestra madre,"  
Y trabajar despues con lo que ahorrara.

Mas ¡ah! yo me engañé: lo que creyera  
Estimacion, benevolencia tanta,  
Era una vil pasión, amor impío,  
Que iba á causar de nuevo mi desgracia.

Aquel hombre fatal cuya edad mucha  
Juzgué fuera mi escudo y salvaguardia,  
Me declaró frenético, una noche,  
El impúdico amor que le abrasaba.

"Señor, le dije yo, calmar queriendo  
Aquel fuego infernal que ardia en su alma,  
Sin duda os olvidais que sois mi amo,  
Y yo una pobre y mísera criada."

— ¡Ah! no, ángel mio, no: si correspondes  
A este amor vehemente que me mata,  
Todo serás tú aquí: seré tu esclavo;  
Y á tu albedrío mandarás en casa.

¡Ah! sí: dijo, sus brazos alargando  
Para estrecharme en sus terribles ansias,  
Tendrás oro bastante: tendrás oro  
En pago de tu amor, si el mio calmas.»

—Señor D. Gil, tened: yo contestéle,  
Antes de que abrazarme él alcanzara:  
Y retiréme un poco, demostrando  
En mi rostro el disgusto de mi alma.

Si todas las mugeres háis creído  
Que son tan libres como doña Clara,  
Os habeis engañado: sí, ahora mismo  
Voy á salir, señor, de vuestra casa.

Era esta doña Clara, infiel esposa  
De un corredor de número, agraciada,  
Que en brazos de aquel hombre por el oro,  
Faltando á su marido se entregaba.

Era de génio fuerte é iracundo,  
Y capaz de la mas atroz venganza  
Contra el que la ofendiera en lo mas mínimo,  
Y por lo cual D. Gil la respetaba.

Quedó al oír mi voz suspenso un rato,  
Sorpresa de ver que una criada  
Se negase á acceder á sus deseos,  
Y que el oro magnífico rehusara.

Mas volviendo á encenderse dentro el pecho,  
De su brutal pasion la impura llama,  
A la puerta furioso echó la llave,  
Y en el cuarto con él quedé encerrada.

“Ya no puedes salir:” díjome entonces:  
“Necesito que me ames, si no me amas,  
“Que seas mia, sí; que seas mia,  
“Y que ahora mismo cedas á mis ansias.”

Y fuego echando por sus chicos ojos,  
Y encendida su faz cual la escarlata,  
Se fue hácia mí para estrecharme al punto  
En sus brazos que abiertos los llevaba.

¡Ah! entónces yo temblé: temí á aquel hombre  
Que de brutal pasion henchida el alma,  
Iba á luchar conmigo, decidido  
Por conseguir el bien que deseaba.

Traté entonces de huir: ¿pero por dónde?  
Por él la puerta hallábase cerrada;  
Y preparéme á resistir altiva,  
Viendo que otro recurso no quedaba.

Pero empecé á gritar con toda fuerza;  
Y no bien en sus brazos me agarraba,  
Cuando del cuarto golpes á la puerta  
Dieron, y voces de la bella Clara.

D. Gil soltóme al punto, y quedó estático  
Al escuchar la voz de la que amaba,  
Que por fortuna mía en tal momento  
Llegó, cuando ninguno la esperaba.

“Abre la puerta, infame. abre la puerta!”  
Volvió á gritar furiosa doña Clara:  
Mas notando que nadie se la abría,  
A golpes levantar logró la chapa.

Y entrando al cuarto se arrojó frenética,  
Sin que de mí un instante se cuidara,  
Sobre él; y yo, sin esperar mas tiempo,  
Huí temblando al punto de tal casa.

Y sola volví á hallarme y sin dinero,  
Pues tuve que salir sin cobrar nada;  
Y abandoné otra vez la hermosa México,  
Porque supe mis padres me buscaban.

Mas en medio el dolor que me affigia,  
Un placer infinito disfrutaba,  
Sabia que felices mis dos hijas  
Vivian sin que nada les faltara.

Pobre, sin compañía ni dinero,  
Mi camino emprendí sin paz ni calma,  
Sin saber á qué pueblo dirigirme,  
Ni saber el terreno que pisaba.

Mas, para qué cansaros relatando  
Todos los pueblos do á servir entrara,  
Todas las penas que pasé, indecibles,  
En años diez y seis de vida amarga.

Esto seria molestaros mucho,  
Cansaros relatando mis desgracias;  
¡Ah! baste con decir que la fortuna,  
En perseguirme se empeñó tirana.

Querétaro, Leon y Guanajuato,  
Aguascalientes y Guadalajara,  
Testigos son de la miseria horrible  
Que padecí, por mi fatal desgracia.

Esta fatalidad, ó bien castigo,  
Que por mi culpa Dios me lo mandaba,  
Agregado al recuerdo de mis hijas,  
Mi existencia infeliz emponzoñaba.

Mas nunca de mi honor volví á olvidarme:  
En medio de hambres y miserias tantas,  
Es, sí, testigo Dios, que he preferido  
El hambre, á cometer ya nueva falta.

Mas sufrir no pudiendo tantas penas,  
Ni ausencia tan horrible ni tan larga,  
Resolví ver á mis queridas hijas,  
Y de Leon sali ya ha tres semanas.

Y á pié, como me veis, siempre con hambre,  
Haciendo, con afán, cortas jornadas,  
Y durmiendo mil veces en el campo,  
He llegado hasta aquí, fría y cansada.

Esta es mi historia, sí, de interés poco  
Para quien nunca careció de nada;  
Historia que conté por complaceros,  
Y que á abrir del dolor volvió mis llagas.

—Demasiado interés, Matilde hermosa,  
Vuestra historia ha tenido para mi alma:  
¿Y vuestros padres viven?—Sí, señora,  
He sabido que viven, y que me aman.

Sé que empeñosos me buscaron siempre,  
Perdonando benévolos mi falta;  
Mas la vergüenza, presentarme á ellos  
Me lo ha impedido, aunque mi pecho ansiaba.

Vos los conoceréis, sin duda alguna;  
Mi padre, Enrique de Muñoz se llama:  
Es hombre rico, bondadoso, humano,  
Aunque ya de una edad muy avanzada.

—No le conozco; pero hablar he oído  
De un D. Luis de Muñoz, el cual se halla  
Convaleciendo de una fuerte herida  
Que recibió hace poco, por su dama.

—¿D. Luis Muñoz decís que se halla herido?  
Dijo Matilde, pálida, asustada.

—No: está convaleciendo; ¿sois acaso,  
Mi querida Matilde, de él hermana?

—Solo es mi primo: le dejé pequeño  
Cuando yo, por mi mal, huí de casa:  
Es hijo del hermano de mi padre,  
Y bienes de fortuna no le faltan.

¡Cuánto, por verle, diera en este instante!  
Mas en el mundo, sola, abandonada,  
No tengo mas familia que mis penas,  
Y los tormentos que me despedazan.

Sin padre, sin esposo, sin mis hijas...  
Sin esas hijas ¡ay! de mis entrañas,  
¿Qué me queda en el mundo..? ¡Ni un consuelo,  
Ni un ligero placer, ni una esperanza...!

¡Oh! Dios mio, Dios mio, tú que miras  
En el fondo, Señor, de nuestras almas,  
Contempla mi dolor, y no permitas  
Que muera de mis hijas separada...!

Deja que las contemple un solo instante;  
Permíteme que escuche esa palabra:  
“Madre mia, mi madre,” y que á su pecho  
Las estreche esta madre desdichada.

—Venid á descansar, Matilde hermosa;  
Al mirarla llorar, dijo Doña Ana,  
Queriendo desterrara de su mente,  
El recuerdo fatal de sus desgracias!

o Venid á descansar por un momento:  
Recuperad las fuerzas que os faltan,  
Durmiendo, sin cuidado, hasta que asome  
Por el Oriente el sol sus rojas llamas.

—Vamos, señora, contestó Matilde,  
Temiendo con su llanto importunarla:  
Vamos; y ambas entraron en la alcoba  
En que dormía la sensible Ana.



SEGUNDO PASO.

EL AMANTE Y EL MARIDO.

Con los que son ricos, como  
Mi dinero es mi delito;  
Si me lo dan lo permito.

AGUSTIN MORETO.

En ese mismo momento,  
En que de contar su historia,  
Que tenia en la memoria,  
Matilde hermosa, acabó;  
En otra casa de México,  
Un hombre á su bella amante,  
A quien ama delirante,  
Así con afan la habló.

—Clara, creeme: yo te adoro,  
Como nunca amar creía,  
Y siento que cada dia,  
Es mi amor mas puro y fiel.  
Y conozco que el destino,  
A tu poder me encadena,  
Y que muriera de pena  
Si me olvidaras, cruel.